

DISCURSO DEL CJE CON MOTIVO DE LA CEREMONIA EN HOMENAJE AL HÉROE BOLIVIANO EDUARDO ABAROA HIDALGO

Calama, 10 de abril de 2007.

Nos encontramos en este escenario geográfico no para revisar o rescribir la historia militar de Chile y de Bolivia; no para dar una nueva mirada a los sucesos políticos y bélicos que ocurrieron hace ya más de 128 años; tampoco para encender sentimientos patrióticos a uno y otro lado de la extensa frontera que une a estos dos pueblos hermanos.

Hemos concurrido a este emplazamiento para intentar que la historia haga su tarea; para que ella se acerque hasta nosotros y, sin alterar las distintas interpretaciones que los hombres tienen de los acontecimientos que le dan forma, nos permita un reencuentro fraterno entre quienes aquí se enfrentaron sirviendo a sus ideales, prodigando generosamente su sangre en defensa de lo que consideraron justo e intransable.

La historia la hacen los pueblos; ellos son los que alcanzan la gloria, la victoria o el martirio. Pero hay hombres en cada país que han sabido sumergirse en el espíritu de su nación para empaparse de los más puros sentimientos de la sociedad a la que sirven, y no trepidan, si es preciso, en inmolarsse por el bien de su patria y la felicidad de sus ciudadanos. Ellos son los llamados héroes; los personajes que le dan vigor a la historia y que han sido convertidos en los pivotes sobre los que giran los acontecimientos pretéritos y los que inspiran para siempre los venideros. En consecuencia, los héroes se inscriben dentro de una empresa épica mayor, que es la gesta eterna de las naciones en su devenir hacia el progreso y el desarrollo.

Y dentro de este devenir existen episodios dolorosos de enfrentamiento, de desencuentro y hasta de guerra entre los estados. Son parte sustantiva de nuestro pasado, y reducir o minimizar su importancia nos parece un intento vano. Este pasado existe; no se puede ocultar.

Parece más conveniente entonces hablar sin complejos de él, que destinarlo a oscuros rincones del conocimiento, para que su estudio no irrite las sensibilidades. No olvidemos que, siempre, en cada combate, se ha plantado al frente un adversario tenaz que puso alto precio a su vida.

Es en la fuente misma de estos hechos de fatalidad donde vemos nacer a los hombres que se constituyen en paradigmas del sentido del deber moral y cívico que, sanamente aceptados por la tradición popular, pueden transitar de un límite a otro, sobre hitos y jalones, sobrevolando soberanías y dominios para presentarse ante nosotros ungidos de gloria.

Este es el caso del destacado ciudadano boliviano Don Eduardo Abaroa Hidalgo, a quien el Ejército que me honro en comandar, y por encargo del gobierno de Chile, rinde un homenaje y reconoce en él al héroe y a uno de los más insignes patriotas bolivianos.

En este contexto, para quienes tenemos la responsabilidad de conducir los destinos de instituciones permanentes y fundamentales de nuestras respectivas repúblicas –como son los ejércitos boliviano y chileno–, nos es menester reconocer con hidalguía en su personalidad y decisión, una muestra de lo que es capaz de alcanzar un hombre que ama a su patria, cuando por encima de sus sentimientos se

sitúan las virtudes que caracterizan al personaje que, impelido por las circunstancias, se hace soldado en uno de los escenarios de la guerra del Pacífico.

Hace 128 años en estos mismos deslindes cordilleranos de los Andes – ayer de confrontación, hoy de integración–, el proceder de Abaroa, y con el tiempo su legado, pasaron a constituir un hito que se ha encarnado en el pueblo boliviano y ha sido su guía de valor, honor y entrega. Y en la paz estas virtudes también son apreciadas, porque la construcción de ésta requiere asimismo de muchos esfuerzos, vocación, inteligencia y generosidad.

Señoras y señores, distinguidas autoridades de Bolivia y de Chile:

Permítaseme hacer una reseña del ilustre ciudadano que hoy honramos.

Los 41 años de vida de Eduardo Abaroa fueron de esfuerzo, duro trabajo y de una plena dedicación al servicio público de Bolivia. Nació el 13 de octubre de 1838, en la cercana comuna de San Pedro de Atacama. Sus padres fueron don Juan Abaroa y doña Benita Hidalgo, con quienes compartió sus acabados conocimientos acerca de la contabilidad y el comercio, dedicándose en esta última actividad a la extracción de plata en un yacimiento ubicado en esta región. Prosperó en sus negocios y se casó con doña Irene Riveros, con la que formó una familia compuesta por cuatro hijos: Andrónico, Eugenia, Antonia y Juan Eduardo. De este tronco proviene en línea directa el destacado empresario chileno don Andrónico Luksic Abaroa, cuya descendencia ha continuado generando riqueza y trabajo para miles de nuestros conciudadanos, especialmente en el norte del país.

El servicio público le atraía; en este afán fue miembro del Concejo Municipal de San Pedro de Atacama. Motivado por este mismo espíritu se enroló

voluntariamente como soldado participando en la defensa del poblado de Calama, cuyas fuerzas militares estaban bajo el mando de Ladislao Cabrera. En este episodio, Eduardo Abaroa, rindió su vida al oponerse a las fuerzas chilenas. El encuentro se produjo un 23 de marzo de 1879 en el vado de Topáter.

Este hecho de armas, que marcó el último día de su vida, y definió su paso a la inmortalidad, ha quedado escrito y sellado en los anales de la historia de Bolivia; actitud que retrata el fiel sentido del valor, del honor y del sagrado cumplimiento del deber, puesto a prueba por aquellos aguerridos soldados bolivianos y chilenos.

De igual forma los estudios posteriores, dedicados al acontecimiento que hoy conmemoramos, se han encargado de honrar las decisiones, las motivaciones y los actos de heroísmo puestos a prueba en la acción, especialmente los detalles de una gesta que formaba parte de una etapa de consolidación de los estados nacionales de la región, enfrentados a voluntades dispuestas a sacrificar objetivos y desarrollos personales, por intereses superiores ligados a la defensa de sus respectivos países.

Desde esta perspectiva, me permito también rendir un sentido homenaje hacia los soldados del Ejército chileno que integraban la avanzada de cazadores a caballo. Los siete soldados caídos en el combate de Topáter y los seis heridos, constituyen asimismo una prueba de las virtudes militares, entendidas éstas como el conjunto de cualidades que inducen al militar para cumplir con sus deberes de servicio a la patria, bajo cualquier circunstancia.

Señoras y señores:

Por años Chile y Bolivia han intentado superar las dificultades que han entorpecido sus relaciones, a fin de enfrentar unidos los desafíos comunes de naciones que siempre serán vecinas; sin embargo, no podríamos dejar de sincerar el hecho que a lo largo de nuestra historia, hemos sostenido diferencias y épicos desencuentros, alejándonos del ideario que soñaron los próceres de la independencia americana.

Del mismo modo, diversas iniciativas no se han logrado consolidar, pese a los esfuerzos que en tal sentido se han desarrollado a ambos lados de la frontera. A su vez, y en el tiempo, la tradición de cada país recogió e interpretó los hechos de manera particular, lo que redundó en una mayor separación anímica y propició la generación de desconfianzas.

Con todo, para un observador imparcial, desprovisto de cualquier sesgo, resulta evidente que la vocación de nuestros pueblos es la paz. Sobre esta base es viable seguir construyendo lazos de todo orden, que tiendan a perfeccionar y mantener la paz, en vistas de nuestros respectivos intereses nacionales.

Hoy la región se encuentra, como otras áreas geográficas, expuesta a los desafíos originados por la globalización, lo que implica absorber la demanda de mayor integración entre los estados, dejando espacios para nuevas oportunidades de cooperación en el ámbito militar, con el propósito de coadyuvar al logro de los objetivos de desarrollo para nuestros países.

Así como en el pretérito los ejércitos patriotas de América fortalecieron el curso histórico del proceso emancipador y la libertad de los pueblos, ahora asistimos a un nuevo y trascendente destino para esos mismos ejércitos: la contribución coordinada para la paz y la integración; ambas consideraciones en concordancia con los desafíos que el naciente siglo y la situación mundial y regional nos presentan.

En materias del ámbito castrense, el Ejército chileno, tras los postulados de nuestra política exterior y de defensa nacional, contribuye de manera activa a construir y concretar sus objetivos, buscando las mejores relaciones con todos los países, transparentando la política de defensa, la política militar, las adquisiciones, y la ejecución de acciones combinadas con otros ejércitos.

En la relación con el Ejército de Bolivia, han sido expeditas las acciones de acercamiento, encuentro y coincidencia de voluntades durante los eventos multilaterales que han convocado la participación de las instituciones castrenses de la región. La Conferencia de Ejércitos Americanos, las reuniones de Comandantes de Ejércitos del MERCOSUR y países asociados, entre otras, han sido foros capaces de crear instancias renovadoras para mantener relaciones cordiales de diálogo al más alto nivel de la jerarquía de ambas instituciones.

Junto a lo anterior, se han ofrecido al Ejército de Bolivia vacantes para participar en cursos en el Centro Conjunto de Operaciones de Paz de Chile. De la misma forma, se han formulado invitaciones para cursos y becas de perfeccionamiento profesional en nuestras Escuelas Matrices, de Armas y Especialidades.

En esta ascendente y positiva interrelación castrense, durante el año 2006 contamos con la inédita presencia del Comandante General del Ejército de Bolivia, General Freddy Bersatti Tudela, como invitado de honor en los actos conmemorativos del Natalicio del Padre de la Patria, Libertador General Don Bernardo O'Higgins Riquelme.

Del mismo modo, a fines del año pasado concurrió en visita oficial a Chile el Comandante General de la Armada Boliviana, y hace algunas semanas, el Comandante General de la Fuerza Aérea del hermano país. **Consolida aún más este intercambio las visitas que ambos Ministros de Defensa realizaron a Santiago y la Paz, respectivamente.**

A su vez, tuve el privilegio de ser el primer comandante en jefe invitado oficialmente a Bolivia por sus autoridades. Durante mi estadía pude percibir el afecto y grátísimo espíritu de amistad del pueblo boliviano; reconocimiento que hoy me encargo de hacer público.

En este plano, la relación bilateral militar va avanzando en un proyecto que espera alcanzar una posición relevante de intercambios, colaboración y de canales expeditos de comunicación. Configura además, uno de los peldaños más significativos para ascender en la escala de las confianzas mutuas, el destierro de los celos y el despoje de prejuicios y animosidades, que suelen empañar, a veces, los más fuertes deseos de integración.

El presente acto en honor a Eduardo Abaroa Hidalgo se inscribe dentro de este objetivo. No es el primero que Chile y su Ejército realiza. Como es sabido los restos mortales del héroe permanecieron en cristiana sepultura en Calama hasta

1952; fecha en que ambos gobiernos acordaron su traslado a La Paz. Para ello se organizó una ceremonia militar en Calama, en marzo de dicho año, a la que concurrieron delegaciones civiles y militares bolivianas para recibir y trasladar los restos del ilustre ciudadano de regreso a su patria. También asistieron sus descendientes directos, de Bolivia y de Chile.

El Ejército chileno rindió los honores militares y acompañó a la numerosa delegación trasandina de vuelta a la frontera. Todo ello en un ambiente de gran solemnidad y camaradería.

Este luminoso día viene pues a confirmar los sentimientos que hace ya 55 años convocaron a bolivianos y chilenos en torno a Eduardo Abaroa. Lo hacemos con las más altas autoridades de la defensa nacional, cancillería, poder legislativo, judicial y miembros prominentes de ambos países. El héroe nacional boliviano nos reúne; su espíritu, patriotismo y valentía ya se empina sobre la frontera común. Es la hora de las reflexiones.

La primera reflexión que planteo es que después de las luchas del siglo XIX en América Latina, ha habido un generalizado manto de paz en nuestro continente; paz a la cual ni los gobernantes ni los pueblos desean renunciar, por ser fuente primera del progreso.

La segunda, es que aunque la historia de las naciones permanezca intangible e inalterada –y, como lo dije, no propiciamos su revisión– ello no debe ser óbice para que aflore a la superficie todo aquello que nos une. Y en la desgracia que los pueblos en guerra sufrieron por ambas partes –¡porque la guerra jamás será buena!– honremos el sacrificio de los héroes. ¡Que los héroes nos unan, y que acerquen cada vez más a nuestras naciones!

La tercera es que Chile y Bolivia son países complementarios; nos necesitamos mutuamente. Probablemente nadie mejor que sus respectivos ejércitos lo entiendan y lo propicien. De allí que el fundamento último de este homenaje nazca de los sentimientos que siempre surgen entre soldados, indiferente del uniforme que visten y de la bandera que sirvan.

Y la cuarta, que actos como éste –de tan profunda trascendencia– no dañan la historia; creo que la potencian y remozan. Es más, pueden incluso llegar a reencausar vertientes históricas para que nos lleven, finalmente, al necesario entendimiento binacional. Estos no son ejercicios de “suma–cero”. ¡No pierden los estados; ganan los pueblos!

Distinguidas autoridades, señoras y señores:

El gobierno y el Ejército chileno acogen en plenitud las virtudes demostradas por Eduardo Abaroa y concurren hoy con respeto a estos mismos escenarios, donde se fraguaron acciones en medio de la adversidad y el sacrificio, para instalar una placa en su memoria y en recuerdo del combate de Topáter.

Somos testigos de hechos singulares. Estos encuentros fraternos sólo permiten imprimir más voluntad y dinamismo a nuestros planes de integración y complementación; al tiempo que generan por sí mismos las necesarias confianzas políticas y castrenses para avanzar con decisión hacia niveles superiores de buena vecindad.

Concluyo citando una estrofa del hermoso himno patrio de Bolivia –de tan cercana musicalidad con el chileno– que me parece refleja la materialidad de la placa que inauguraremos en breve:

*“Llor eterno a los bravos guerreros,
Cuyo heroico valor y firmeza
Conquistaron las glorias que empieza
Hoy Bolivia feliz a gozar.
Que sus nombres el mármol y el bronce
A remotas edades transmitan
Y en sonoros cantares repitan:
¡Libertad, libertad, libertad!”*

Muchas gracias.